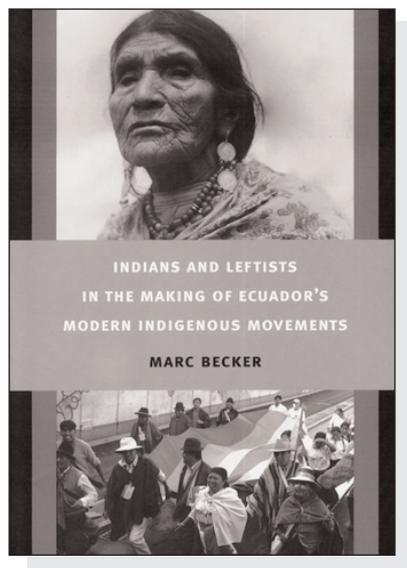


sobre la guerra y los campos de concentración, y la proclamación de este hecho como “deterioro de la sociabilidad” por parte del Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), se plantean una serie de preguntas reflexivas sobre la dinámica social y los elementos que pueden haber llevado a un acto de impunidad de esta magnitud. La evidencia del deterioro social y la ineficiencia del sistema estatal se han conjugado para impedir no solo acciones judiciales esclarecedoras, sino también una demanda social más firme para exigir las. Esta parálisis ha silenciado a la población y las autoridades dejan en duda la posibilidad de una justicia real y reparadora.

A partir de este punto Azaola destapa, con una exploración teórica y testimonial intensa, la violencia en la infancia. El tráfico de drogas, la explotación sexual y la situación de los “niños paisaje” son tres de las problemáticas sociales que afectan a niños y niñas y los/as enfilan hacia futuros actos de criminalidad. Su vulnerabilidad ante la violencia aumenta cuando en la familia existen discapacidades, consumo de alcohol y drogas y pobreza. Esto reduce la posibilidad de desarrollar relaciones sanas de apego e incrementan la posibilidad de explotación sexual, especialmente si hay antecedentes de violación y abuso.

Finalmente nos queda preguntar cómo conjugar esta realidad del sistema estatal de administración de justicia y del sistema penitenciario, con la indefensión de las víctimas y potenciales víctimas de una criminalidad que persiste tanto fuera como dentro de las prisiones, a lo largo de la vida y de las generaciones. Azaola sugiere la tarea fundamental de iniciar un proceso de recuperación social y personal de la dignidad y de la calidad de los vínculos. Incluyendo, a nivel más amplio, vencer la limitación o ineficiencia de las políticas públicas para mejorar la calidad de la democracia y la fortaleza de la ciudadanía.

Maritza Segura Villalva
Psicóloga, Magíster en género y desarrollo



Marc Becker

Indians and Leftists in the Making of Ecuador's Modern Indigenous Movements

Duke University Press, Londres, 2008,
305 págs.

¿Cómo se fraguó el levantamiento indígena en el Ecuador en el año 1990?, ¿de dónde surge y cuál fue su razón de ser? Si bien para la población blanca-mestiza dominante, este acontecimiento apareció como un hecho sorprendente, la transformación histórica encaminada por el sector indígena ecuatoriano debe leerse a la luz de la serie de variaciones, deterioros y reorganizaciones que constituyeron el eje transversal de la lucha histórica de los pueblos indígenas en el Ecuador moderno.

El trabajo de Marc Becker es un aporte fundamental para comprender el cambio profundo del paisaje político del Ecuador del siglo XX a partir del análisis del desarrollo del movimiento indígena ecuatoriano, o mejor dicho, de los movimientos indígenas ecuatorianos. El autor explora con agudeza y pragmatismo el rol histórico de la izquierda en la emergencia y el fortalecimiento de la lucha indígena sobre bases a la vez clasistas y étnicas. Muestra también que los indígenas han

desempeñado largamente un protagonismo significativo en el escenario político ecuatoriano en busca de mayor justicia social y respeto, a través de una gran diversidad de herramientas que les permitieron ser cada vez más sujetos políticos en vez de sujetos de la política.

Asimismo, desbarata, por un lado, la falsa idea aún existente en las ciencias sociales, según la cual, dados los estrechos vínculos ideológicos entre los partidos de izquierda y el movimiento indígena ecuatoriano, éste último se hubiera constituido, durante su primera fase, sobre una base clasista, dejando prácticamente de lado su agenda política respecto al tema de la identidad étnica. Por otro lado, refuta la tesis de que las demandas de clase y las demandas étnicas aparecieran separadas en el proyecto socioeconómico y político-cultural indígena. Por ello, realza el fuerte enraizamiento de lo étnico en lo clasista y viceversa; ámbitos que no pueden ser tratados como elementos diferenciados, en tanto fueron retroalimentándose a lo largo de la lucha indígena en el Ecuador moderno. Además, supera una visión meramente androcéntrica de la lucha campesina-indígena al enfatizar el rol fundamental cumplido por las mujeres en los movimientos indígenas, así lo refleja la vida de Dolores Cacuango.

Es así que Becker realiza un trabajo de filigrana, no sólo al ejemplificar la larga trayectoria de resistencia del sector indígena ecuatoriano, mediante una multitud de acontecimientos que ilustran la pugna por la tierra y por preservar su identidad cultural; sino también, al reubicar dicha lucha en el contexto internacional, tanto de cambios ideológicos como de temores por la propagación de ideas comunistas. Estas últimas, amenazas latentes al orden hegemónico establecido, influyeron indudablemente en la manera en cómo el Estado y las élites gestionaron el “problema” indígena.

A diferencia de muchos trabajos que se proponen analizar lo “indio” sin haberlo definido previamente, Becker, en un primer capítulo, realiza una revisión exhaustiva de cómo

se ha estudiado la naturaleza de la lucha indígena y la condición de la identidad étnica. Ello constituye una base esencial para luego descifrar el panorama sociopolítico del altiplano ecuatoriano y comprender la relación atípica que unió a los intelectuales de izquierda con el campesinado-indígena, investigada en los siguientes capítulos.

Si bien la izquierda ha sido descrita como una fuerza que operaría dentro de los “paradigmas de la integración y la asimilación” con el fin de disolver a los indígenas dentro de un “proletariado homogéneo”, convirtiéndolos en ventrílocuos de la política (p.10), Becker trae a colación una serie de datos que expresan lo contrario. Por ende, manifiesta que la relación entre los activistas de izquierda y las comunidades rurales no era paternalista; lo anterior se puede vislumbrar en la presencia de Jesús Gualavisí, indígena cayambeño, en la sesión fundadora del Partido Socialista Ecuatoriano en 1926. Trabajadores rurales e intelectuales de izquierda trabajaron juntos por transformar las estructuras desiguales de la sociedad ecuatoriana. Cabe señalar que si por medio de esta colaboración, líderes indígenas pudieron adquirir una cierta conciencia de clase, ésta en nada afectó sus raíces étnicas, al contrario las profundizó. Esta alianza contribuyó a la renovación de las armas de lucha del sector indígena. La creación de los primeros sindicatos campesinos en los años 20 fue clave en la capacidad de los indígenas para incrementar su conciencia política y unificar sus fuerzas. Como paralelo, el recurrir a la huelga, a partir de 1930, trastornó completamente el ámbito de lucha indígena, cristalizado hasta ese entonces en las sublevaciones. Este nuevo modo de acción social fomentó el temor dentro de los grupos sociales dominantes y permitió a los indios presionar al Estado para el cumplimiento de sus demandas políticas, sociales y económicas.

La mutación social emprendida ya no podía ser detenida y dio luz al primer intento de agrupación de distintas nacionalidades in-

dígenas en un movimiento de masa: la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) en 1944, objeto del cuarto capítulo. El autor subraya que los espacios participativos en la FEI –la cual mantuvo sólidos lazos con el Partido Comunista Ecuatoriano (PCE)– eran compartidos entre indígenas y blanco-mestizos, hombres y mujeres. Asimismo, el tema de la etnicidad iba a la par con el del desarrollo socioeconómico; aspecto decisivo para desafiar estructuras sociales dominantes imbuidas en el racismo y presentarse como sujetos de resistencia y actores de cambio.

Sin embargo, es esencial resaltar la tradición histórica de corporativismo y represión tanto del Estado como de las élites terratenientes como medios de contestación frente a las demandas de los indígenas. La respuesta sangrienta del Estado a la rebelión indígena en la hacienda de Guachalá en 1954 –una de las conocidas haciendas privadas del Ecuador–, analizada en el quinto capítulo, no solo enfatizó la debilidad del Estado para responder a las demandas indígenas, sino que dio a conocer, a todo un país, la amplitud de su protesta y la situación de explotación económica y sufrimiento humano en la que se hallaban los indígenas.

Las peticiones económicas no desaparecieron de su agenda política sino que se combinaron con más vehemencia en torno al tema de la abolición del régimen de la hacienda. Así, el sexto capítulo se concentra en relatar el camino tortuoso de la reforma agraria, donde la presión de los intelectuales de izquierda y líderes indígenas empujó al Estado a modernizar el campo ecuatoriano. Si bien esto favoreció el desarrollo de un capitalismo agrario, no cumplió con las expectativas de cambio de las relaciones socioeconómicas de dominación y raciales de subordinación.

Los dos últimos capítulos del libro ponen de relieve la revitalización organizativa del movimiento indígena, así como la presión constante por una agenda etno-nacionalista que supo adaptar sus demandas e incluir nuevos

blancos, como el del neoliberalismo, entre otros, de acuerdo a estructuras político-económicas cambiantes. Pese a que la izquierda tendió a eclipsarse progresivamente del escenario de la lucha indígena hacia finales del siglo XX, se debe tener en mente que históricamente “la izquierda jugó un rol fundamental en la manera en que los pueblos indígenas organizaron y presentaron sus demandas, y lucharon por sus derechos” (p.165). En pocas palabras, al resaltar la importancia de las alianzas en la realización de objetivos organizacionales, este trabajo constituye una piedra angular en las ciencias sociales para descifrar, en toda su dimensión, el levantamiento indígena de 1990 que estremeció a la sociedad ecuatoriana.

Aunque hemos tendido, en estas dos últimas décadas, hacia un frágil equilibrio de las fuerzas presentes, a saber el Estado, los sectores dominantes y los pueblos indígenas, esta obra es un punto de partida esencial para realizar una reflexión sobre las disímiles relaciones de poder entre dichos actores. De alguna manera, el trabajo de Becker es una invitación a que, entre otras políticas de lo posible, los pueblos indígenas busquen –tal vez en su pasado de lucha común junto a la izquierda–, el medio para seguir trabajando en la elaboración de un discurso, si bien disidente, renovado, que permita viabilizar el proyecto de una nación de “iguales” y “diferentes”.

François-Xavier Tinel
FLACSO-Ecuador